

EN PORTADA



Proa de un ballenero en el Ártico, en una imagen recogida en la exposición del British Museum sobre el clima y la cultura de esa región. KILIII YUYAN

El final de la era del hielo

El peligro inminente que la crisis climática supone para el Ártico y para los pueblos que siguen viviendo en él se plasma en una avalancha de nuevos libros y en una gran exposición inaugurada en el British Museum

POR GUILLERMO ALTARES

Knud Rasmussen, un explorador nacido en 1879 en la costa oeste de Groenlandia, emprendió hace un siglo un viaje en busca de una idea, pese a que tenía bastantes posibilidades de no sobrevivir a su expedición. Rasmussen recorrió todo el norte del continente americano y, desde Alaska, saltó a Siberia: una aventura de 18.000 kilómetros durante la que buscó costumbres, historias y tradiciones comunes en todos los pueblos que habitaban aquel inmenso mundo helado. Blanca Ortiz Ostalé, traductora y editora del libro de Rasmussen *Mitos y leyendas inuit*, que publicó recientemente Siruela, escribe: “Fue una hazaña cultural que demostró su teoría de que todos los inuits, desde Groenlandia hasta Siberia, eran un solo pueblo que, en la noche de los tiempos, había migrado siguiendo esa misma ruta que él había recorrido, pero en sentido inverso”.

Aquellos pueblos del gran norte siguen ahí, luchando por sobrevivir en un clima hostil y despiadado que ellos, sin embargo, logran convertir en vida desde hace milenios. Pero ese mundo se está esfumando. El hielo en el que viven y encuentran sustento está desapareciendo (en los últimos 50 años se ha fundido el 75% del hielo ártico). Una exposición en el British Museum de Londres, *Ártico. Cultura y clima*, celebra la creatividad vital y artística, así como la capacidad para adaptarse de los pueblos del norte, a la vez que muestra el tremendo peligro que corren, porque son la vanguardia del sufrimien-

to que provoca el calentamiento global, del que depende su existencia.

El final de la era del hielo representa un punto de no retorno para la cultura inuit. Pero se alza sobre todo como una insoslayable advertencia de lo que va a ocurrir en el resto del mundo: una transformación radical de los hábitats que nos rodean, que repercutirá en todos los aspectos de la vida cotidiana en las próximas décadas. Ellos lo sufrirán primero. “Si en 80 años el hielo desaparece del Ártico, como predicen la mayoría de los climatólogos, ¿qué ocurrirá con esos modos de vida, con esos habitantes del Ártico que reivindican, como ha expresado la activista inuit Shelia Watt-Cloutier, ‘el derecho al frío?’”, escriben Amber Lincoln, Jago Cooper y Peter Looovers en el catálogo de la exposición del British.

Los pueblos del norte se dividen en 40 culturas principales, que se distribuyen en ocho naciones —Rusia, EE UU, Canadá, Groenlandia (Dinamarca), Noruega, Suecia, Finlandia e Islandia— y que agrupan a unas 400.000 personas.

Diferentes libros recientes se hacen eco, desde el ensayo, los viajes, la novela o el cómic, del deshielo y de lo que representa para este planeta, desde el último trabajo del dibujante y reportero Joe Sacco, *Un tributo a la tierra* (Reservoir Books), hasta el citado volumen que recoge leyendas inuits o un maravilloso recorrido por la historia del frío —*Cuando los inviernos eran inviernos. Historia de una estación* (Acantilado)—, pasando por la novela de humor *Rompamos el hielo* (Seix Barral), de David Safier, o ensayos como *La biblioteca del hielo. Un viaje literario por el frío* (Ático



El mar de hielo (1823-1824), óleo del alemán Caspar David Friedrich.

“El Ártico, tal y como lo conocemos, toca a su fin, y con él sus ecosistemas, incluido el de los inuits”

“El invierno nos invita a concentrarnos en lo esencial y nos revela lo vulnerables que somos”

de los Libros), de Nancy Campbell; *Un tiempo más salvaje. Apuntes desde los confines de los hielos y los siglos* (Errata Naturae), de William E. Glassley; *Hielo. Viaje por el continente que desaparece* (Gatopardo), de Marco Tedesco y Alberto Flores d'Arcais, y *500 años de frío. La gran aventura del Ártico* (Crítica), de Javier Peláez.

“Me temo que el Ártico, tal y como lo conocemos y como ha sido durante miles de años, está tocando a su fin, y con él sus ecosistemas, incluido el ecosistema humano de los inuits”, explica el climatólogo italiano Marco Tedesco. “Recordemos también que su escritura es bastante reciente. Los inuits tenían mucha cultura, pero la transmitían oralmente. La pérdida de la cultura inuit es un síntoma de una actitud del ser humano que tiende a destruir lo que no puede controlar, arrasando con todo lo que se pone en su camino. Es triste, pero es un hecho”.

La exposición del British Museum no solo lamenta la amenaza que se cierne sobre los pueblos del norte, sino que también celebra su inmenso ingenio y su capacidad para sobrevivir en un entorno en el que todo puede convertirse en una trampa mortal. Signo de los tiempos, la muestra ha tenido una existencia muy accidentada: su inauguración estaba prevista para la primavera y se retrasó hasta el 22 de octubre. Ahora el museo ha cerrado por el confinamiento parcial en el Reino Unido, aunque está previsto que vuelva a abrir en diciembre. Sin embargo, el catálogo, *Arctic. Culture and Climate* (Thames & Hudson), es un magnífico compendio ilustrado del arte y los modos de vida de los pueblos del Ártico, desde la prehistoria hasta sus creadores contemporáneos. Porque la cultura inuit sigue viva y se ha adaptado a un mundo cambiante: los temas se mantienen —por ejemplo, la profunda relación con los animales—, pero las nuevas formas de expresión están abiertas a todo tipo de influencias.

Pero el cambio climático no es lo único que amenaza el modo de vida de estos pueblos. Cuando viajó al norte de Canadá para dibujar *Un tributo a la tierra*, Joe Sacco no solo buscaba el efecto que el cambio climático tiene sobre aquellos que lo viven en primera línea, sino que también quería investigar los desmanes de las grandes compañías mineras y petroleras. Describe localidades perdidas que parecen pueblos del viejo Oeste, azotados por el alcoholismo y con muchos jóvenes que se mueven en una peligrosa tierra de nadie porque ya no pertenecen a su cultura tradicional, pero tampoco son capaces de adaptarse a la nueva.

El Ártico ha sido una obsesión de las potencias occidentales desde la era de los descubrimientos por dos moti-

vos: primero, para encontrar un paso que permitiese llegar desde Occidente a Asia mucho más rápidamente; segundo, por la minería, el petróleo, la pesca y las pieles. Además de viajes desastrosos, como el de Franklin, y de todo tipo de aventuras insensatas, el periodista Javier Peláez describe en *500 años de frío* el motivo que movió a muchos exploradores a entrar en el terreno infinito del hielo. “En el Ártico no se ha dado esa búsqueda romántica que ha podido impulsar otras grandes exploraciones”, explica. “El motivo era económico hasta finales del siglo XIX. Luego hubo un sentimiento nacionalista, sobre todo entre suecos y noruegos. Pero la mayoría de las expediciones tenían un objetivo comercial o económico”.

En todos estos libros, el hielo, la nieve, el frío son seres vivos. Impacta cuando Javier Peláez describe todos los sonidos y crujidos de la madera de los barcos conforme se adentraban en los mares helados. Marco Tedesco explica así la sensación que produce pasar una noche sobre la tierra helada: “Causa mucha impresión dormir sobre algo tan poderoso como el hielo. Me imagino el hielo como un elefante que puede destruirnos en un abrir y cerrar de ojos y que ha tardado miles y miles de años en configurarse. En comparación, nosotros somos tan diminutos en el espacio y en el tiempo...”.

En cierta medida, la historia de la humanidad consiste en aprender a convivir con el frío. “Los inviernos invitan a detenerse, a repasar las cosas una vez más, o tal vez solo a concentrarse en lo esencial. El invierno muestra nuestras limitaciones y nos revela lo vulnerables que somos”, escribe el ensayista alemán Bernd Brunner en *Cuando los inviernos eran inviernos*. Describe los salvajes fríos de la Pequeña Edad de Hielo, que congeló el hemisferio occidental entre los siglos XV y XVIII. Relata por ejemplo el invierno entre 1708 y 1709, tal vez el más frío de la historia: “La fauna salvaje se congelaba, las aves pequeñas morían por millones. Se cuenta que las crestas de los gallos se helaban y caían al suelo; los árboles, incluso los robles, por lo general muy resistentes, reventaban literalmente”. Al igual que muchos científicos, explica que la crisis climática que padecemos no hará que los inviernos sean menos fríos, sino más imprevisibles: puede hacer mucho más calor en agosto y mucho más frío en febrero. Sin embargo, el Ártico es una excepción. Allí el calentamiento es una constante.

El antropólogo Peter Loovers, uno de los comisarios de la exposición del British, explica: “De mi trabajo de campo con los gwich'in en Canadá aprendí que, desde los años cuarenta, los sueños proféticos de los ancianos advierten sobre una gran transformación en el mundo”. “Aunque hablar de su final puede ser demasiado fuerte, el cambio climático pone a prueba las estrategias que los pueblos del norte han utilizado para sobrevivir durante milenios”. Lo que para una parte del planeta es el futuro, para ellos es el presente. Y, si no se frena, el gran deshielo provocará un efecto en cascada en todo el planeta. Después de su viaje a Groenlandia para escribir *Un tiempo más salvaje*, el geólogo William E. Glassley concluye: “Las vidas que allí se viven —las de todas las especies— merecen nuestro reconocimiento y nuestro respeto; la tierra, nuestro asombro, nuestras artes, nuestros sueños”. Un sueño que, ahora, está a punto de romperse.

LECTURAS

Arctic: Culture and Climate

Amber Lincoln, Jago Cooper, Jan Peter Laurens
Loovers
Thames and Hudson
British Museum
320 páginas
35 euros

Cuando los inviernos eran inviernos. Historia de una estación

Bernd Brunner
Traducción de José Aníbal Campos González
Acantilado, 2020
256 páginas
20 euros

La biblioteca del hielo. Un viaje literario por el frío

Nancy Campbell
Traducción de Lorenzo F. Díaz
Ático de los Libros, 2020
288 páginas
18 euros

Hielo. Viaje por el continente que desaparece

Marco Tedesco y Alberto Flores d'Arcais
Traducción de Teresa Clavel
Gatopardo, 2020
144 páginas
15,95 euros

Mitos y leyendas inuit

Knud Rasmussen
Edición y traducción de Blanca Ortiz Ostalé
Siruela, 2020
228 páginas
21,95 euros

500 años de frío. La gran aventura del Ártico

Javier Peláez
Crítica, 2020
320 páginas
19,90 euros

Un tributo a la tierra

Joe Sacco
Traducción de Carlos Mayor Ortega
Reservoir Books, 2020
272 páginas
22,90 euros



Nancy Campbell, retratada en octubre en Girona. TONI FERRAGUT

La mujer que oyó hablar a los glaciares

Nancy Campbell reconstruye en *La biblioteca de hielo* la relación del ser humano con el misterio de lo glacial

POR LAURA FERNÁNDEZ

Pasó frío de niña. Demasiado frío. Creció en Scottish Borders, una región escocesa que limita con Edimburgo. Recuerda fascinada la manera en que todo parecía detenerse cuando nevaba. Se obsesionó pronto con el clima. Con cómo las cosas parecían estar fastidiándose. “Fui una especie de Greta Thunberg sin ningún tipo de repercusión en el instituto”, dice. Nancy Campbell (1978) trabajaba para un tratante de libros en Londres cuando recibió el correo electrónico que le cambió la vida. No lo dudó, hizo las maletas y cogió un vuelo a Groenlandia. En concreto, a la pequeña isla de Upernavik. Acababan de invitarla a trabajar en el refugio del artista del museo. Llegó como una reconocida poeta, y allí se convirtió en una estu- diosa del hielo y sus huellas.

Se emociona cuando habla de ciertas cosas. No puede creerse que el mundo se esté acabando y que no seamos más conscientes de que lo está haciendo. Dice que el del hielo “es un lenguaje” que conserva datos objetivos de todas las edades de la Tierra. Dice que el hielo puede leerse como se lee un libro, pero que “hay que leer rápido porque no estará ahí para siempre”. De aquella estancia en Upernavik se trajo consigo el germen de *La biblioteca de hielo* (Ático de los Libros), fascinante ensayo sobre la relación del ser humano con lo glacial —desde los primeros e ingenuos intentos de tomar notas de todo tipo de experimentos sin congelarse hasta deportes que consisten en encerar superficies heladas— que es, a la vez, una crónica de aquella estancia y de su obsesión. “El ser humano sabe hoy muchas

cosas sobre el hielo, pero en ciertos aspectos sigue siendo tan infinito como un agujero negro. Lo que sí tenemos claro es que es una manera de estudiar la salud del planeta”, dice. Fue con la intención de tratar de entender esa relación, la que existe entre aquello que el hielo conserva —toda esa información de otras épocas tan necesaria para entender el presente y tratar de anticipar el desastre futuro— y lo que la manera en que lo hace dice de la Tierra, y se instaló en la cabaña de Upernavik, pero su alma de poeta se topó con otra cosa al llegar. “El paisaje cambiaba cada día, de alguna forma interpela a quien lo ve, le está hablando sin necesidad de detenerse a estudiarlo”, dice.

El hielo, aquello que de niña le fascinaba porque permanecía, “está desapareciendo, ¿y qué nos dice eso de nosotros?”. “Es curioso cómo ahora vemos el hielo como una presencia amenazante cuando hasta hace no demasiado —y desde tiempo pretéritos, la primera investigación documentada en el libro data del siglo XVII— era simplemente algo hermoso, un misterio de una belleza inconcebible”, asegura. Campbell, que ha pasado dos semanas rodeada de volcanes en otra residencia de artistas, la Faber de La Garrotxa (Girona), no puede evitar desear volver todo el tiempo a Upernavik. “Es un lugar magnético”, dice. Todo lo que tiene que ver con el hielo lo es, dice también. De ahí el auge de la literatura que habla de cosas heladas estos días, de ahí y de nuestra conciencia, despreocupada, del fin.

“Todo allí arriba se está apagando poco a poco”, insiste. Es decir, el fin de cierto paisaje está acabando con costumbres ancestrales en un lugar como Upernavik. “La caza y la pesca se complican cuando no hay superficies heladas. No es solo que los animales se vean desplazados de su hábitat, es que los humanos que viven allí también tienen que dedicarse a otras cosas, y eso hace que estén en peligro incluso las canciones populares”, cuenta. Pensar de qué manera puede transformar en poemas esa pérdida es lo que ha hecho estos días en su estancia en Olot. “Lo que allí vi me impactó tanto que no dejo de darle vueltas, es como si de alguna forma siguiera allí. Por eso, en parte, no necesito volver, aunque me atraiga la idea de hacerlo”, concluye la autora.

“El ser humano hoy sabe mucho sobre el hielo, pero en cierto modo sigue siendo tan infinito como un agujero negro”